

Sugerencia de citación: Cataño, J. F. (2023). La idea de la “economía del cuidado” como creadora de valor económico no tiene fundamento teórico. *tiempo&economía*, 10(2), 1-32. <https://doi.org/10.21789/24222704.2032>

DOI:
<https://doi.org/10.21789/24222704.2032>

La idea de la “economía del cuidado” como creadora de valor económico no tiene fundamento teórico

The Idea of the “Economy of Care” as a Creator of Economic Value Has No Theoretical Foundation

José Félix Cataño

Antiguo profesor de la Universidad Nacional de Colombia, Colombia
<https://orcid.org/0000-0002-0069-2866>
jfcatanom@unal.edu.co

RESUMEN

La justa lucha feminista por la igualdad de género y la emancipación total de las mujeres se dirige, sobre todo, a eliminar las desigualdades o discriminaciones que ellas sufren en todas las esferas de la sociedad (políticas, deportivas, sexuales, culturales, científicas, económicas) y a lograr una sociedad de igualdades y de reconocimiento de los distintos géneros, etc. En lo que respecta la esfera de los hogares, todos reconocemos que las actividades domésticas son importantes para la vida y la reproducción de la población y la sociedad (reproducción, educación, cuidado de adultos, parejas y niños, etc.). Frente a esta realidad aparecen dos fenómenos: primero, la discriminación entre los géneros, dado que es evidente que las tareas más duras y obligadas recaen sobre las mujeres, impidiendo una apropiación plena de sus tiempos libres y haciendo

patente la desigualdad frente a los hombres; y segundo, se solicita una remuneración de estas actividades domésticas con el fin de realizar una compensación económica a las personas afectadas.

Palabras clave: lucha feminista; igualdad de género; emancipación total; historia económica.

Códigos JEL: B54, J16

ABSTRACT

The fair feminist struggle for gender equality and the total emancipation of women is aimed, above all, at eliminating the inequalities or discrimination that they suffer in all societal spheres (political, sports, sexual, cultural, scientific, economic) and at achieving a society with equality and recognition of the different genders, etc. Regarding household life, we all recognize that domestic activities are important for life and reproduction of the population and society (procreation, education, care for adults, couples and children, etc.). Faced with this reality, two phenomena appear. First, gender discrimination. It is evident that the hardest and most obligatory tasks fall on women, which prevents them from fully appropriating their free time and shows their inequality compared to men. Second, remuneration for these domestic activities is demanded in order to make financial compensation to the affected people

Keywords: feminist struggle; gender equality; total emancipation; economic history.

JEL Codes: B54, J16

Introducción

La justa lucha feminista por la igualdad de género y la emancipación total de las mujeres se dirige, sobre todo, a eliminar las desigualdades o discriminaciones que ellas sufren en todas las esferas de la sociedad (políticas, deportivas, sexuales, culturales, científicas, económicas) y a lograr una sociedad de igualdades y de reconocimiento de los distintos géneros, etc. En lo que respecta la esfera de los hogares, todos reconocemos que las actividades domésticas son importantes para la vida y la reproducción de la población y la sociedad (reproducción, educación,

cuidado de adultos, parejas y niños, etc.). Frente a esta realidad aparecen dos fenómenos: primero, la discriminación entre los géneros, dado que es evidente que las tareas más duras y obligadas recaen sobre las mujeres, impidiendo una apropiación plena de sus tiempos libres y haciendo patente la desigualdad frente a los hombres¹; y segundo, se solicita una remuneración de estas actividades domésticas con el fin de realizar una compensación económica a las personas afectadas.

A partir de la propuesta de remunerar estas tareas domésticas se ha propuesto repartir justamente los costos económicos. Un libro de la Organización Panamericana de la Salud [OPS] (2008) lo declara así: “el objetivo al que apunta este esfuerzo es crear las condiciones para que la carga y las gratificaciones asociadas con el trabajo de cuidado se distribuyan justa y óptimamente entre mujeres y hombres, y entre las familias, el mercado y el Estado” (p. 13). Sin embargo, respecto a estas “cargas y gratificaciones”, un sector de la “economía feminista”² ha levantado el argumento de que esas actividades del cuidado deben considerarse como un sector económico de la sociedad, el llamado sector de la **economía del cuidado** —al igual que el sector agrícola, energético, etc.— y que, por tanto, en el cálculo del PIB falta reconocer una porción del valor generado en la sociedad. De esta manera, este valor es aquel que debe reconocerse mediante el pago a las tareas domésticas.

En el mismo libro de la OPS (2008) se escribe:

La “economía del cuidado” se refiere al trabajo no pago [énfasis agregado] realizado en la esfera doméstica que mantiene la fuerza de trabajo actual, levanta la futura y cuida la envejecida. Esta área invisible de la producción, que incluye el cuidado de niños, viejos y enfermos, el mantenimiento diario del bienestar en el hogar, el trabajo voluntario en la comunidad y la producción de subsistencia, es de fundamental importancia económica (pp. 9-10).

¹ Nótese que esta discusión no implica cuál género realiza las tareas domésticas. La discriminación de géneros se reconoce como generada por la discriminación cultural.

² Cristina Carrasco (2006) presenta este enfoque así: “[con la economía feminista] se pretende un cambio radical en el análisis económico que pueda transformar la disciplina y que pueda construir una disciplina que integre y analice la realidad de las mujeres y hombres teniendo como principio básico la satisfacción de las necesidades humanas” (p. 3).

Con esta concepción se plantea que este nuevo sector puede llegar a contribuir con el 20 % o hasta el 30 % del PIB.³ Asimismo, Moreno (2020) afirma:

El reconocimiento del valor económico y social de los trabajos de cuidado ha sido la apuesta central de las economistas feministas [énfasis agregado] a través de la historia —muchas veces ignoradas, pero otras veces escuchadas, incluso en instancias internacionales donde se construye el marco estadístico de las cuentas nacionales (el cálculo del PIB)⁴. (párr. 4)

Además, en la misma literatura se encuentran severas críticas a los economistas por haber ignorado y ocultado esta realidad presuntamente por motivos ideológicos. Por ejemplo, Durán expresa:

Las cuentas nacionales son prodigios de la narrativa económica. Identifican algunos sujetos como protagonistas y dejan a otros reducidos a un papel insignificante. (...) Lo que no se identifica no existe (...) La invisibilización de parte de los recursos y de los costos no es azarosa ni neutral, responde a posiciones ideológicas previas de las que frecuentemente no son conscientes los especialistas. [énfasis agregado] (Duran, 2018, p. 187)

Moreno (2020) también asevera que “la contribución de este abordaje [la economía feminista] está en hacer visible lo que por siglos no vieron “los economistas”: la producción y el trabajo de las mujeres [énfasis agregado]” (párr. 2).⁵ Vemos, entonces, que una corriente de las llamadas economistas feministas sostiene que la legitimidad de solicitar el pago económico de las tareas domésticas no reside en la lucha por reconocer

³ “Las estadísticas de uso de tiempo obtenidas en distintos países del mundo sugieren que el trabajo no remunerado contribuye al bienestar, al desarrollo de capacidades humanas y al crecimiento económico de largo plazo, congrega el mayor número de horas de trabajo que podría representar más de la mitad del producto interno bruto (PIB) [énfasis agregado] (OPS, 2008, p. 10).

⁴ En el libro de la OPS (2008) se lee: “en todo el mundo, las mujeres continúan siendo las responsables por la mayor parte del trabajo que no percibe remuneración y cuya contribución a la economía queda, por tanto, sin reconocer” [énfasis agregado] (p. 7).

⁵ También Cecilia López (2020) dijo: “por más de medio siglo, las mujeres han planteado argumentos sólidos que demuestran que las actividades del hogar, que puede hacer terceros, tienen un el valor productivo que la corriente económica se niega a entender” (párr. 1). Por otro lado, en el mismo texto de la OPS (2008) encontramos otras declaraciones: “la subestimación del trabajo no remunerado en términos económicos obedece, en parte, a lo restringido de la definición de actividad económica que hace sinónimos el valor económico y el valor de mercado [énfasis agregado]. Así, por ejemplo, el trabajo doméstico se considera como contribución a la producción sólo cuando se realiza por pago en los hogares de otros, más no cuando se realiza dentro del propio hogar. Tal subestimación conduce a que aproximadamente el 66 % del tiempo de trabajo de las mujeres —en contraste con el 24 % del de los hombres— quede sin reconocimiento económico dentro del sistema de cuentas nacionales” [énfasis agregado] (p. 10).

un costo social que debe ser asumido por una parte del valor económico generado en la economía para lograr mayor libertad e igualdad a las mujeres, sino en reivindicar la existencia de un valor “invisibilizado”, presuntamente creado por los “trabajos” realizados en el sector de la economía del cuidado, bajo el pretexto de que trabajo realizado es, automáticamente, valor creado.⁶

El propósito inicial del presente ensayo es mostrar que no es por prejuicios ideológicos que los economistas niegan la existencia de que las actividades del cuidado sean creadoras de valor económico (un poder sobre la riqueza ajena), sino que esta conclusión corresponde a la coherencia analítica y la lucha feminista no depende de esta idea. Debido a que ninguna teoría económica actual reivindica que el trabajo cree valor económico excepto la de Marx, tomamos sus formulaciones para sustentar nuestra tesis. La conclusión será que esta corriente no avala las posiciones de las feministas aludidas.

En segundo término, mostraremos que las economistas feministas, para establecer su economía del cuidado, no ofrecen una nueva teoría de la formación del valor, sino que simplemente intentan resolver el problema mediante dos dogmas sin fundamento teórico: toda actividad humana es trabajo, y todo trabajo es creador de valor económico en cualquier sociedad. Adicionalmente, la argumentación recurre a una interpretación arbitraria de las “cuentas paralelas” o “satélites” sobre las actividades domésticas como si ellas informaran sobre los valores creados en la economía del cuidado. En realidad, esas cuentas solo nos dan la estimación de cuánto le valdría a la sociedad o a las personas convertir las tareas domésticas en asalariadas, pero no indica los valores “invisibles”.

Finalmente, compartiendo que es legítimo invocar la importancia social de las tareas domésticas y el derecho a la emancipación e igualdad social para las mujeres, como la causa feminista lo ha planteado, los economistas pueden apoyar esta causa sin renegar de sus teorías económicas. Así confirmamos que ninguna de estas reivindicaciones y soluciones depende de la aceptación de la idea de la economía del cuidado, tal como lo sostiene un sector de la “economía feminista”.

⁶ Otra literatura de la “economía feminista” no propone esta visión economicista, dado que solo argumenta, finalmente, que los trabajos domésticos deben ser remunerados distribuyendo el valor existente, como un costo de la solidaridad social para obtener la igualdad de oportunidades. Véase Rodríguez Enríquez (2012).

Teoría de Marx sobre riqueza económica⁷

En su investigación sobre las actividades humanas, Marx estudia aquellas que generan riqueza económica de las naciones. La idea básica es que la economía divide las actividades humanas entre económicas y no económicas, es decir, existe una división del trabajo en la economía diferente a la división de las actividades en los otros sectores de la sociedad⁸. En efecto, al comenzar *El Capital*, afirma que la “riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un enorme cúmulo de mercancías y la mercancía individual como la forma elemental de la riqueza” [énfasis agregado], nuestra investigación se inicia con el análisis de la mercancía” (Marx, 1975, p. 43).

El sistema comercial y capitalista son los procesos que generan este tipo especial de riqueza:

Quando hablamos de la mercancía como materialización del trabajo –en el sentido del valor de cambio—nos referimos a una existencia puramente figurada, es decir, una existencia puramente social de la mercancía, que nada tiene que ver con su realidad corpórea; nos la representamos como una determinada cantidad de trabajo social o de dinero. [énfasis agregado] (Marx, 1980c, p. 155)

La explicación marxista de la creación de la riqueza económica se hace en dos etapas de análisis: la primera es la riqueza en “la producción simple” de mercancías, suponiendo agentes comerciantes todos independientes e igualitarios; y la segunda, la “producción capitalista”, con asalariados, empresarios y capitalistas, y en la cual las relaciones económicas mercantiles coexisten con relaciones capitalistas de desigualdad (la relación salarial) y otras de tipo financiero. Como veremos, en ambas economías hay actividades domésticas y una cierta economía

⁷ La versión que aquí damos es una versión “heterodoxa” del marxismo, cuyos principios generales están expuestos en Cataño (2009) y son inspirados en la perspectiva monetaria de Benetti y Cartelier (1980). Los partidarios de una interpretación convencional de la economía de Marx estarán, obviamente, en desacuerdo en varios puntos, pero aceptarán la idea general en este problema.

⁸ Hablando de sistema comercial, Marx (1980c) afirma: “la división del trabajo de la cual nos ocupamos aquí es la división natural y libre en el ámbito de la sociedad en su conjunto, división que se manifiesta como producción de valores de cambio, y no la división del trabajo dentro de una fábrica. [...] La división del trabajo dentro de la sociedad correspondería al principio de la división del trabajo dentro de una fábrica, más en Egipto que en el sistema moderno” (p. 236). Aquí Marx hace notar que la división del trabajo en la fábrica de alfileres de Smith no es la división del trabajo propia de la producción de mercancías.

del cuidado, pero siempre son estériles respecto a la formación del valor económico.

La producción comercial simple

Si los objetos para el uso se convierten en mercancías, ello se debe únicamente a que son productos de trabajos privados ejercidos independientemente los unos de los otros [énfasis agregado]. El complejo de estos trabajos privados es lo que constituye el trabajo social global. Como los productores no entran en contacto social hasta que intercambian los productos de su trabajo, los atributos específicamente sociales de esos trabajos privados no se manifiestan sino en el marco de dicho intercambio. O, en otras palabras: de hecho, los trabajos privados no alcanzan realidad como partes del trabajo social en su conjunto, sino por medio de relaciones que el intercambio establece entre los productos del trabajo y, a través de los mismos, entre los productores. [énfasis agregado] (Marx, 1975, p. 89)

Vemos inicialmente que la producción simple de mercancías es un sistema de relaciones económicas cuya base son acciones privadas, trabajos privados independientes, que generan bienes ofrecidos en los mercados, los cuales serán verdaderas mercancías cuando se realicen las ventas o interacciones comerciales con otros mercaderes y los resultados aparezcan como cantidades de valor en manos de los propietarios, en dinero. “El trabajo del individuo, o mejor dicho su producto debe adoptar la forma de trabajo general. Sólo así es valor de cambio, dinero” [énfasis agregado] (Marx, 1975, p. 186). Esto significa que, como la base de la economía comercial son las actividades privadas o descentralizadas hechas para otros, la conexión entre los individuos se hace por medio del dinero y no por medio de relaciones personales (familiares, serviles, esclavistas, amorosas).

Aceptando esto, se establecen dos verdades importantes del enfoque marxista: primero, en la sociedad hay “trabajos privados” y “trabajos sociales”, y con base en esta dualidad, las fracciones del trabajo social (la sustancia del valor), que dan derecho a comprar cualquier otra producción, no están compuestas por cualquier actividad, sino por los trabajos privados socializados en los mercados; segundo, la riqueza

económica no es cualquier bien o riqueza, es solo aquel producto mercantilizado y apropiado por los compradores (la propiedad y su calidad de ser útiles sociales no existen *a priori*). Lo anterior permite afirmar, también, que aquellas actividades o trabajos —si se quiere utilizar esta palabra— que no hacen parte del comercio (por ejemplo, actividades personales o trabajos domésticos)⁹ no dan derecho a adquirir el trabajo de otros (como sí lo son los trabajos creadores de valor) y, además, que aquel producto del trabajo privado que entra en los mercados, pero no se vende (no se socializa), es una pérdida, un despilfarro de actividad que fracasa en constituirse en riqueza económica.

Marx lo afirma claramente:

la división social del trabajo hace que el trabajo del poseedor [de mercancías] sea tan unilateral como multilaterales sean sus necesidades [...]. Si los tejedores que compiten con él ya han saturado las necesidades sociales de lienzo —que como todo lo demás tiene su medida— el producto de nuestro amigo se volverá excesivo, superfluo y por tanto inútil. [énfasis agregado] (Marx, 1975, p. 129)¹⁰

En resumen, solo los trabajos privados monetizados gracias a las transacciones comerciales se convierten en riqueza económica, en derechos sobre el trabajo social. Otro tipo de actividades individuales o riquezas, al no poseer expresión mercantil en dinero (aquí están las actividades del cuidado en los hogares, pero también las actividades políticas, los juicios de jueces, la seguridad pública, las guerras, etc.), quedan por fuera de la generación de la riqueza económica, aunque puedan ser riquezas socialmente importantes desde otro punto de vista.¹¹

⁹ Al comenzar *El Capital* Marx (1975) es claro: “un objeto puede ser valor de uso sin ser valor. Así acontece cuando la utilidad que ese objeto encierra para el hombre no se debe al trabajo. Es el caso del aire, de la tierra virgen, de las praderas naturales, de los bosques silvestres, etc. Y puede, asimismo, un objeto ser útil y producto del trabajo humano sin ser mercancía. Los productos del trabajo destinados a satisfacer las necesidades personales de quien los crea son, indudablemente, valores de uso, pero no mercancías. Para producir mercancías, no basta producir valores de uso, sino que es menester producir valores de uso para otros, valores de uso sociales. (Y no sólo para otros, pura y simplemente. El labriego de la Edad Media producía el trigo del tributo para el señor feudal y el trigo del diezmo para el cura; y, sin embargo, a pesar de producirlo para otros, ni el trigo del tributo ni el trigo del diezmo eran mercancías. Para ser mercancía, el producto ha de pasar a manos de otro, del que lo consume, por medio de un acto de cambio)” [énfasis agregado] (p. 50).

¹⁰ Por eso podemos decir que el valor es socialmente efectivo o no existe: un valor no realizado es una contradicción en los términos

¹¹ Paralelamente a estas riquezas sociales no económicas hay también “males” sociales como la corrupción, la violencia, los asesinatos, los robos, el racismo, las noticias falsas, etc.

El proceso capitalista de generación de riqueza económica

En la producción capitalista el proceso comienza con los gastos de dinero para producir bienes y termina también en dinero, dinero inicial que debe generar más dinero por medio de relaciones comerciales y salariales¹². Es el proceso expuesto por Marx de $D - D'$ donde $D' > D$, ya que D es el dinero inicial y D' es el dinero final, producto de las ventas comerciales de los productos realizados por los obreros en las jornadas de trabajo, en las que los obreros (la llamada fuerza de trabajo) agregan un trabajo (sabemos que es trabajo porque se pagan salarios) que solo se convierte en nuevo valor cuando los compradores pagan dinero por sus resultados, es decir, al realizarse las ventas.

El gasto monetario inicial explica que se reúnen los elementos de la producción y luego se crea valor convirtiendo los productos de la jornada de trabajo realizada en las fábricas o firmas en dinero. El salario expresa que las actividades productivas son realizadas por personas especiales (personas sin autonomía económica, pero libres) y explica cómo ese valor creado (haciendo la hipótesis de que se venden los productos por dinero) se divide entre capitalistas y obreros. El dinero es la forma en que se expresa inicialmente el proyecto del empresario y es, también, la forma en que el resultado económico se hace socialmente objetivo, existente como valor creado, ya que sin dinero el valor no existe. El papel del salario es indicar que ese valor se crea para los capitalistas y se divide entre estos y los asalariados.

Detengámonos un momento en la explicación del salario, puesto que este es un punto importante en la “economía feminista”. El salario en el marxismo ni es el “reconocimiento” al “trabajo” social realizado (este se reconoce al capitalista por el dinero obtenido en las ventas), ni es el precio del trabajo o esfuerzo individual (este último no es un bien o servicio vendible, es el bien entregado en el contrato laboral). El salario tiene un significado diferente: es una relación social especial, la relación salarial, que divide el valor creado y da al obrero el derecho a recibir una fracción de este, similar al derecho del capitalista a recibir la plusvalía. Si la parte del salario fuera igual al valor creado, no habría capitalismo, pues no habría plusvalía (o explotación en las relaciones de valor) y, si el capitalista no vende los productos, el valor “creado” no existe, a pesar de que haya

¹² En Cataño (2009) se mostró que el proceso comercial simple solo se puede entender también como un proceso que comienza con D y termina en D : dinero.

pagado los salarios. Por tanto, el salario es necesariamente menor que el valor creado.

La explicación del nivel de los salarios es un punto esencial para Marx y reposa sobre una idea fundamental diferente a la que determina el valor de las mercancías: los salarios dependen de un acuerdo social y no de la ley del valor aplicada a las mercancías, es decir, se trata de un precio especial. Aquí, Marx presenta un desarrollo particular heredado de los economistas clásicos: el salario normal debe corresponder a los criterios colectivos sobre lo que se considere que son los gastos para la “reproducción” de los obreros y sus respectivas familias. Como veremos más adelante, en esta reproducción aparecen mercancías (alimentos, salud, educación, vivienda, etc.) y actividades de consumo de acuerdo a determinaciones culturales e históricas.

Debido a que cada sociedad en general pactará lo necesario para esta reproducción, se acepta que existe un factor exógeno a la economía que determina el acuerdo sobre la fracción del valor creado que representa el salario. Dado que es un dato externo, Marx lo coloca como un supuesto, algo determinado socialmente, pero con consecuencias económicas, especialmente sobre el monto de la plusvalía, la acumulación del capital e indirectamente sobre la capacidad de consumo de la clase obrera. En resumen, el salario es una variable social de la distribución del valor, pero no una variable que represente la creación de valor. Partir un pastel no explica ni por qué existe, ni su tamaño.

En ambos procesos, comercial y capitalista, un primer resultado aparece patente: ni todos los bienes ni las actividades personales son, *a priori*, ni riqueza económica ni trabajos sociales; solo lo son aquellos convertidos en dinero (expresión del trabajo social). Un trabajo privado o su producto sin validación monetaria en los mercados es una actividad individual que no le da a su propietario el poder económico sobre fracciones del trabajo social o es una actividad individual por fuera de la economía.

En un mundo no capitalista, pero mercantil, no hay salarios y los trabajos privados de los productores comerciantes son socializados por las ventas en dinero. En el capitalismo sucede lo mismo con la diferencia de que la presencia del salario indica que la producción de valor se lleva a

cabo con una asimetría económica entre obreros y capitalistas, de tal forma que el trabajo social reconocido por los mercados es dividido entre salarios y beneficios. En ningún momento el salario se convierte en el “reconocimiento” de un valor o servicio personal aportado, sino la manifestación de una división del valor creado en las empresas de acuerdo a una relación social especial, la relación salarial. En palabras simples, una economía comercial no es lo mismo que una economía salarial: la economía reconoce los valores por el mercado y los salarios solo explican su división fundamental.

¿Dónde están las tareas domésticas en el proceso comercial o capitalista?

Los agentes económicos comerciantes, obreros y capitalistas deben existir como personas mediante actividades y consumo de bienes. La persona trabajadora es una persona libre jurídicamente (no es un esclavo) quien, tras el trabajo en las fábricas, es dueña de un tiempo diario adicional que le pertenece y en el cual puede ejecutar sus actividades personales externas al tiempo laboral para los capitalistas. Como obrero que se somete a la relación salarial, divide su tiempo de vida entre tiempo para los capitalistas y tiempo propio. Paralelamente, si es un capitalista, las personas tienen bajo su control todo su tiempo existencial, pero parte de él lo dedican a actividades domésticas para su reproducción personal, obligadas u voluntarias.

En este sentido, la economía del cuidado de Marx son los gastos para el consumo doméstico o personal, una cantidad de dinero obtenida como ingreso y gastada en ciertas mercancías, pero no las actividades domésticas en sí. El carácter material de las actividades en esos tiempos privados y quien las realice (mujeres, hombres o robots) no influye en el problema que se quiere explicar: que la reproducción de las personas se realiza por fuera de la economía y es un costo.

¿Qué actividades se realizan en los tiempos privados de los agentes? Marx, en la teoría del salario, se refirió explícitamente al tiempo privado de los obreros y pone de presente que la primera actividad que ellos realizan es comprar, con los salarios obtenidos, los bienes que luego van a consumir. Citemos a Marx:

Para su conservación el individuo vivo requiere cierta cantidad de medios de subsistencia... Diariamente se consume una parte de los medios de subsistencia — por ejemplo, alimentos, combustibles, etc.— y es necesario renovarlos diariamente. Otros medios de subsistencia, como la vestimenta, el mobiliario, etc., se consumen en lapsos más prolongados, por lo cual hay que reponerlos en espacios de tiempo más largos. [...] El propietario de la fuerza de trabajo es mortal. Por tanto, debiendo ser continua su presencia en el mercado — tal como lo presupone la continua transformación de dinero en capital—, el vendedor de la fuerza de trabajo habrá de perpetuarse, “del modo en que se perpetúa todo individuo vivo, por medio de la procreación”. Será necesario reponer constantemente con un número por lo menos igual de nuevas fuerzas de trabajo, las que se retiran del mercado por desgaste y muerte. ...Para modificar la naturaleza humana general de manera que adquiera habilidad y destreza en un ramo laboral determinado, que se convierta en una fuerza de trabajo desarrollada y específica, se requiere determinada formación o educación, la que a su vez insume una suma mayor o menor de equivalentes de mercancías. Según que el carácter de la fuerza de trabajo sea más o menos mediato, serán mayores o menores los costos de su formación. Esos costos de aprendizaje, extremadamente bajos en el caso de la fuerza de trabajo corriente, entran pues en el monto de los valores gastados para la producción de ésta. [Énfasis agregados] (Marx, 1975, p. 207)

Esto nos indica que en el tiempo privado del obrero u obrera se ejecutan efectivamente una serie de actividades que consumen bienes mercantiles (alimentos, subsistencias, casas, educación, aprendizaje, etc., de acuerdo a los patrones existentes en cada momento histórico) pagados por medio del ingreso salarial. ¿Estos *consumos productivos* de la mano de obra incorporan tareas o actividades humanas diferentes a un estricto consumo de bienes? En primer lugar, al respecto encontramos una primera nota cuando Marx (1980c) se refirió a una observación crítica del economista S. Bailey en 1825. Este astuto polemista mostraba que la teoría del salario de Ricardo era incoherente con la teoría del valor-trabajo aplicada a las mercancías, dado que, mientras toda mercancía reproducible a voluntad era producida por los trabajos incorporados en su producción, en el caso de los obreros no se podía encontrar una cantidad

de “trabajo” que participara en la producción de la mano de obra. Respecto a esta pertinente observación¹³, Marx escribe:

La astucia de Bailey se reduce a esto: el trabajo gastado para la reproducción del organismo viviente es aplicado a sus bienes de subsistencia y no directamente a sí mismo. Dado que la apropiación de esos medios de subsistencia por medio del consumo no es un trabajo sino un placer. [Énfasis agregado] (Marx, 1980b, p. 56)

Aquí, las labores que acompañan el consumo de bienes de subsistencia aparece como actividades privadas o “placeres” personales, lo que tiene un sentido estricto cuando se trata de actividades que no son para otros (el hogar se considera un bloque familiar) ni tampoco son asalariadas¹⁴.

En segundo lugar, Marx, en la célebre polémica sobre las ideas de Smith respecto a los conceptos de “trabajo productivo e improductivo”, escribe:

La inmensa mayoría de la sociedad, es decir la clase obrera, tiene por lo demás, que encargarse ella misma de efectuar ese trabajo [para producir la fuerza de trabajo], lo que solo puede hacer siempre y cuando que trabaje “productivamente”. Solo puede guisar su carne a condición que produzca un salario con que pueda comprarla y para poder limpiar sus muebles y su cuarto o simplemente lustrar sus botas necesita producir el valor de los muebles, el alquiler de su cuarto o las botas. Por tanto, para esta clase de los obreros productivos se revela como “trabajo improductivo” el que efectúan para sí mismos. Este trabajo improductivo jamás les permite repetir el mismo trabajo improductivo si antes y para ello no se ocupan de trabajar productivamente. [Énfasis agregados] (Marx, 1980a, p. 149)

Marx muestra que en el consumo de los bienes de subsistencia comprados con el salario pueden ejecutarse efectivamente ciertas tareas

¹³ Ella muestra que Bailey había visto que la mano de obra no es una mercancía como las otras.

¹⁴ Sin embargo, es patente que el autor de *El Capital* no señala la discriminación de género existente en los hogares denunciada en la literatura feminista. Esta invisibilidad se explica por una razón: el problema estudiado no depende de esta división de género de las tareas.

humanas, aquí habla de “trabajos” como “guisar”, “limpiar”, “lustrar”, etc. Es decir, las familias (aquí tampoco es necesario hablar de la división del trabajo sexista en contra de las mujeres) realizan tareas “productivas” desde el punto material para obtener que sus bienes de subsistencia estén listos para ser consumidos, pero estas actividades o trabajos son *improductivos* económicamente, dado que, si bien gastan valores (encarnadas en las mercancías de subsistencia gastadas), ellas no se reproducen gracias al dinero que obtienen de la venta de sus productos, sino del dinero previamente conseguido en los salarios, del ingreso.

Es su ingreso salarial el que asegura el consumo en la reproducción de la mano de obra y no la conversión en dinero de un presunto valor latente creado en el hogar. Al no ser validadas mercantilmente, las actividades del hogar no son parte del trabajo social en la economía y no crean derechos sobre la riqueza colectiva (valores), sino que son un gasto de un valor recibido. Para Marx, entonces, el sector de las actividades domésticas no constituye un sector de la creación de la riqueza económica, aunque gasten riquezas y produzca otras: personas vivas¹⁵.

Los trabajos domésticos asalariados

Marx examina los *servicios domésticos remunerados* principalmente cuando se trata del capitalista en persona, de los hogares de los ricos, aquellos que tienen suficientes ingresos para pagar trabajadores o trabajadoras domésticas y así evitar hacer tareas domésticas¹⁶. Lo hace cuando responde a un tal Pellegrino Rossi, quien había hecho una crítica a la tesis de trabajo improductivo de A. Smith, según la cual solo son productivos los que crean un valor económico. Rossi afirma que Smith se equivoca porque no tiene en cuenta que muchos criados son verdaderamente productivos porque les ahorran a sus patronos fragmentos de tiempo, tiempo que podrían dedicar a labores más apropiadas a sus capacidades¹⁷. Marx le responde a Rossi:

¹⁵ Marx escribió: “Milton... que escribió el *Paraíso Perdido*, era un trabajador improductivo. Al contrario, el escritor que proporciona trabajo como de fábrica a su librero, es un trabajador productivo. Milton produjo el *Paradise Lost* tal como un gusano produce seda, como manifestación de su naturaleza” (Marx, 1971b, p. 84).

¹⁶ Vemos que no es cierto, como plantea la feminista marxista S. Fedeirici, que Marx olvida el trabajo doméstico. Lo que Marx muestra es que no es trabajo productivo de valor, sino de personas, y que ellas no son mercancías. La “explotación” eventual de las personas en el hogar es una explotación doméstica, relación directa entre personas, diferente a la explotación económica en una economía monetaria.

¹⁷ Notemos que este argumento es parecido a aquel que enarbolan, con razón, muchos movimientos por los derechos de la mujer al protestar por los sacrificios incurridos en las actividades del cuidado.

Si es un capitalista ocioso, [estos trabajos] le ahorrarán solamente el trabajo de hacer algo: [lograrán] que un petimetre tenga quien le peine o le corte las uñas, en vez de hacerlo él mismo, que un *fox hunter* tenga un mozo de cuadra, en vez de cuidar los caballos él mismo, o que un glotón, en vez de cocinar él mismo, tome un cocinero. Entre estos *travailleurs*¹⁸ figuran también... los que producen *loisir*¹⁹ que deja a unos, tiempo libre para dedicarse al goce, a las labores espirituales, etc. El policía me ahorra el tiempo [que me costaría] ser mi propio vigilante, el soldado [el tiempo necesario] para defenderme por mí mismo, el gobernante para gobernarme yo mismo, el limpiabotas, para limpiarme yo mismo los zapatos, el cura el tiempo necesario para meditar, etcétera. (Marx, 1980a, p. 275)

Vemos que se plantean dos aspectos: en primer lugar, estos servicios “ahorradores de tiempo” se pagan necesariamente por medio de salarios y se hace a partir del ingreso personal de quien los hacen. En cuanto a las actividades remuneradas, estos servicios son, efectivamente, trabajos que hacen parte del empleo económico de las naciones, pero son trabajos improductivos porque no generan valor o riqueza económica para quien los contrata, sino gastos económicos que le permiten evitar las tareas domésticas penosas, confirmándose así la célebre sentencia de Adam Smith: “cualquier hombre se hace rico empleando una multitud de manufactureros y pobre si mantiene una multitud de sirvientes” (Smith, 1988, p. 387). Por tal razón, ahora la economía o gasto del cuidado es más amplia que en el caso de los obreros: ella es, ciertamente, los gastos del ingreso, pero ahora incorpora no solamente compra de mercancías, sino también remuneraciones de los trabajadores domésticos.

En segundo lugar, respecto a la idea de que estos trabajos son presuntamente productivos porque producen servicios útiles para el consumidor (el bienestar de los hogares al obtener los servicios y tiempo libre para actividades personales más enaltecidas), Marx afirma, hablando del mismo Rossi:

¹⁸ Trabajadores.

¹⁹ Disfrute.

[Rossi afirma que] Incluso el trabajo de gran cantidad de empleados simplemente para fines de ostentación y satisfacción de la vanidad” no es improductivo”. ¿Por qué? Porque produce algo, la satisfacción de la vanidad, la ostentación la exhibición de la riqueza. Nos encontramos así, una vez más, con la necesidad de que toda clase de servicios producen algo, la cortesana la voluptuosidad, el asesino un homicidio, etc. (Marx, 1980a, p. 275)

La argumentación del citado Rossi coincide con la idea de que las tareas domésticas producen bienes muy importantes para la sociedad (personas preparadas, educación, rango, etc.), una idea ahora enarbolada por un sector de la “economía feminista”. Por lo tanto, esta segunda discusión pone de presente la diferencia en la concepción de la riqueza de los autores criticados y la de Marx: en los primeros, la idea de riqueza (y de economía) confunde la riqueza económica con las actividades; mientras que, para Marx, es necesario dividir las riquezas entre no económicas (sin expresión mercantil en dinero) y la riqueza económica, asociada a la expresión cuantitativa del trabajo social, el valor monetario. Marx resume así su posición:

A. Smith dice lo mismo que el sistema monetario [los mercantilistas]: en uno y en otro, sólo es productivo el trabajo que produce dinero, oro y plata. [...] Esta distinción se basa en la esencia misma de la producción burguesa, puesto que riqueza no es equivalente de valor de uso, sino que solamente es riqueza aquella mercancía en la que el valor de uso es exponente del valor de cambio, el dinero. [Énfasis agregado] (Marx, 1980a, p. 281)

En resumen, Marx, como pensador del espacio económico de la sociedad burguesa, se atiene coherentemente a la idea de que la riqueza económica es aquella que es resultado de la monetización mercantil de las actividades, de los trabajos “productivos” que se reconocen como dinero. Con esto, señala que la economía no es la ciencia de todas las producciones de bienes ni de todas las relaciones presentes en la sociedad, las actividades que no están asociadas a los procesos monetarios

(producción de mercancías o servicios domésticos remunerados) son simplemente actividades que están por fuera del sistema económico.²⁰

Una dificultad aparente de Marx: los hogares y la “producción” de la fuerza de trabajo

Detengámonos un momento en una dificultad o incoherencia que los atentos lectores de Marx podrían detectar. En efecto, pudiera decirse que, así como hay trabajo productivo (personal o asalariado) que produce maíz para el mercado y al venderse por dinero la venta revela que el trabajo privado productor de maíz es un *trabajo productivo* de valor, también los trabajos domésticos lo son al recibir el dinero de los salarios pagados por la fuerza de trabajo producida en los hogares. Marx resiente la dificultad en *Teorías sobre la Plusvalía* hablando de A. Smith y se afana a excluir los hogares de esa lógica, pero sin proponer argumentos, como cuando afirma:

[el] trabajo productivo sería [en Smith] el trabajo productor de mercancías o que produce directamente, que crea, desarrolla o sostiene, que reproduce la fuerza de trabajo misma. Smith excluye a ésta de su rúbrica de trabajo productivo; sin razón, pero con cierto certero instinto de que, de incluirla, abriría de par en par las puertas a las infundadas pretensiones del trabajo productivo. Prescindiendo, pues, de la misma fuerza de trabajo [énfasis agregado], tenemos que el trabajo productivo es aquel que produce mercancías, productos materiales cuya creación requiere una determinada cantidad de trabajo o tiempo de trabajo. (Marx, 1980a, p. 155)²¹

²⁰ La vida humana depende, entre otros, del aire, de la luz solar, de la digestión de alimentos y de la transformación y el consumo de bienes, donde se realizan las tareas de subsistencia y del cuidado. El proceso monetario es un modo especial de producción de algunos —no todos— de los bienes útiles que sirven al consumo y producción integral de las personas. Es frecuente encontrar la afirmación de que toda sociedad tiene economía, así como tiene sexo, porque se entiende la economía no como un sistema de relaciones, sino como actividades que generan bienes para la existencia. Ya los antropólogos han señalado que en las sociedades pre mercantiles los procesos que generan los bienes materiales necesarios son enteramente complejos y sociales. Dalton (1974) escribe: “las transacciones de bienes materiales, en la sociedad primitiva, son expresiones de la obligación social que no tienen mecanismo ni significado propio al margen de los lazos sociales y las situaciones sociales que expresan. En el significado occidental de la palabra, no hay ‘economía’ en la sociedad primitiva, sólo instituciones” [énfasis agregado] (p. 13). Por eso pensamos que los economistas deben ser juzgados por la explicación de las condiciones y mecanismos de la economía como sistema de relaciones de tipo comercial y capitalista. Esto permite mostrar que la explicación de las relaciones humanas no es solo de la economía.

²¹ Antes, en el mismo texto, Marx fijó su posición: todas las mercancías del sistema son productos de trabajos productivos, menos una. “[El trabajo productivo] produce la riqueza directa, material, formada por mercancías, todas las mercancías, exceptuando solamente una: la fuerza de trabajo” (Marx, 1980a, p. 145). Como veremos, debe excluirse la fuerza de trabajo porque en realidad no es mercancía.

Cualquier lector o lectora avezada puede pensar que, evidentemente, la exclusión aquí del carácter de trabajo productivo que produce la misma fuerza de trabajo parece un *coup de force* ideológico, algo efectivamente escrito “sin razón” —como dice el texto—. Intentemos nosotros dar los argumentos que faltan y el problema queda solucionado.

Imaginemos por un momento que el consumo y las tareas domésticas las pensamos como actividades de una empresa productora de las personas que sirven como obreros y, en este sentido, los hogares podrían verse como sitios creadores de valor al igual que cualquier firma creadora de mercancías. De acuerdo a la teoría marxista de la formación del valor, es necesario monetizar los bienes producidos, para lo cual tendrían los hogares que vender las personas producidas a cambio del dinero de los salarios. No obstante, como la venta de una mercancía significa que el comprador tiene derecho de propiedad sobre lo que compra, en este caso tendríamos que la persona que se reproduce es la que es apropiada por los compradores y, de golpe, estaríamos en una economía esclavista en la cual los hogares son creadores y vendedores de esclavos.²² Por lo tanto, si efectivamente los hogares fuesen creadores de valor, el capitalismo no sería una economía con asalariados libres sino esclavista.²³

Para salir de la contradicción es necesario pensar lógicamente que la mano de obra no es verdaderamente una mercancía, y que el pago de salarios no es ni la monetización de un trabajo privado realizado en los hogares, ni la compra de la mercancía fuerza de trabajo. Aunque Marx no lo diga claramente, sí da los elementos para hacerlo: los obreros (hombres y mujeres) de Marx no producen por sí solos mercancías porque no son agentes económicos autónomos (no tienen medios de producción, no tienen dinero, no pueden ejercer su propio trabajo privado y no tienen bienes propios para consumir) y, al no ser esclavos ni siervos, son jurídicamente libres como personas. En esta situación, y necesitando el dinero del capitalista para gastarlo en su reproducción, solo les queda firmar un contrato de trabajo en el cual se obligan a trabajar para el señor del dinero y luego aprovechar el tiempo libre, su tiempo privado, para

²² Marx escribe: “para que perdure la relación [entre capitalista y obrero] es necesario que el poseedor de la fuerza de trabajo la venda siempre por un tiempo determinado, y nada más, ya que, si la vende toda junta, de una vez para siempre, se vende a sí mismo, se transforma de hombre libre en esclavo...en simple mercancía (Marx, 1975, p. 204). Nótese que lo que la pasa a la fuerza de trabajo también le pasa a la persona que la porta, ¿son lo mismo?

²³ En este caso, la primera lucha no sería por un reconocimiento económico (los esclavos se venden efectivamente a su valor), sino por la abolición de la esclavitud, por la igualdad jurídica de las personas.

gastarse el salario (una parte del valor creado) que reciben y hacer actividades personales. Esto significa que la mano de obra carece de valor o de trabajo social incorporado y, por ende, no es mercancía real, sino mercancía ficticia, tal como dijo Polanyi. En su libro *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Marx (1971a) escribió:

Como capital, [el capitalista] sólo puede ponerse al poner al trabajo como no-capital, como valor de uso puro. En cuanto esclavo, el trabajador tiene valor de cambio, un valor; como trabajador libre no tiene ningún valor; sino que..., por el intercambio que se opera con él mismo, tiene valor. El obrero se contrapone al capitalista no como valor de cambio, sino que es el capitalista quien se contrapone a aquel en tal carácter. Su carencia de valor y su desvalorización constituyen la premisa del capital y la condición del trabajo libre en general. [Énfasis agregado] (p. 232)

Aquí todo está dicho.²⁴ La libertad de la persona obrera y el contrato salarial, propia del capitalismo, va a la par con la negación de un valor de la fuerza de trabajo previo a la relación salarial y, con ello, está excluida la posibilidad de que los hogares puedan ser considerados creadores de valor o de mercancías. Ciertamente, esta conclusión cambia la forma tradicional de entender los salarios como otra relación mercantil que pagaría los servicios de trabajo (neoclásicos) o que pagaría la fuerza de trabajo (el marxismo ortodoxo), porque ellos ni son el pago de algún servicio, ni pagan un valor previo en manos del obrero. El salario es, en realidad, la expresión de una subordinación monetaria de los obreros en la producción que da pie a una relación social de distribución del valor creado.²⁵

Marx se enreda frente a la coherencia de Smith antes aludida porque este último sostiene en su capítulo VII directamente que los salarios obedecen a una lucha social entre patronos y obreros; mientras que en *El Capital* encontramos una incoherencia, pues se sostiene al mismo tiempo el estatus de mercancía de la “fuerza de trabajo” y el *trabajo improductivo*

²⁴ Reconocemos que de esta manera no se presenta exactamente la relación salarial en *El Capital*, pues allí se insiste en “la compra y venta de la fuerza de trabajo”. Es una gran incoherencia de la exposición de Marx y es explicable porque no pudo incorporar una relación monetaria sin pensarla como compra y venta.

²⁵ Esto nos indica que la subordinación salarial es diferente a la subordinación patriarcal o machista que pueden sufrir las mujeres en los hogares y otros planos de la sociedad. Además, ahora se entiende que la eliminación de la esclavitud es la eliminación histórica de la mano de obra mercantil.

en los hogares (Marx, 1975). Así, estamos en la disyuntiva: o la fuerza de trabajo es una mercancía con un valor latente generado en el trabajo productivo de los hogares y, entonces, los trabajadores se venden como esclavos (reconocimiento social del valor creado), o la mano de obra es libre, pero sin potencia económica, no posee valor propio y, por tanto, su monetización obedece a una relación especial diferente a la monetización de un trabajo privado.

Para evitar el esclavismo debemos escoger la segunda opción y afirmar, como Benetti y Cartelier (1980), que la relación especial es la relación salarial, relación de subordinación monetaria del trabajo en la economía moderna, diferente a la esclavitud (en la que la mano de obra es mercancía) y a la relación comercial (la monetización de los trabajos privados). La subordinación salarial explica que el obrero reciba una fracción del valor creado, no todo el valor, y que esta división sea conflictiva. De esta manera confirmamos que los hogares ni son lugares de creación de valor (no se monetizan las actividades domésticas por transacciones comerciales), ni los salarios en el capitalismo “reconocen” los trabajos realizados en la producción de mercancías.

Economía marxista y algunas tesis de la llamada “economía feminista”

Las anteriores tesis marxistas nos permiten invalidar la pertinencia analítica de la idea de la *economía del cuidado* como sector creador de valor propuesto por las economistas feministas. Como hemos anunciado, la llamada “economía feminista” sustenta con esta idea que la lucha por la emancipación de las mujeres respecto a las tareas domésticas penosas pasa por una lucha por el “reconocimiento” de un valor supuestamente creado en los hogares.

A falta de una exposición explícita de su teoría económica, nos vemos obligados a reconstruir la lógica implícita de esta posición. Se postula que la economía global en una sociedad es el conjunto de actividades que producen bienes y servicios para satisfacción de las necesidades humanas, es decir, ella comprende el conjunto de las actividades que producen

bienes, independientemente de las relaciones sociales en que estén inmersas²⁶.

Estas actividades productivas son denominadas, por hipótesis, trabajos, porque se refiere a gastos de energía o sacrificios personales cuya dimensión sería el tiempo, las horas del día, una dimensión física.²⁷ El trabajo como tiempo sería, entonces, lo común entre las actividades personales, y la economía es pensada, *tout court*, como el registro de trabajos, el conjunto de actividades que producen bienes²⁸.

Con esta visión, la estructura global de trabajos se puede dividir en dos economías: la economía “visible” y la “invisible”. La visibilidad no la da el dinero, sino el pago de salarios, que se toman como el reconocimiento económico del trabajo realizado, de tal manera que lo que no es asalariado permanece invisible u oculto²⁹. Este reconocimiento salarial se interpreta como un intercambio: se cede trabajo y se recibe salario. Por ende, el pago de los salarios se considera una relación de intercambio que pondría de presente que toda contribución en trabajo debe pagarse, y así se establece la idea de que “pagar” no es distribuir, sino “reconocer”. Se desprende, entonces, si en la economía “visible” existen trabajadores industriales, agrícolas, policías, criminales, jueces, burócratas, políticos, economistas, educadores, etc., y estos, al ser pagados, son trabajos reconocidos en su respectiva contribución a la riqueza colectiva.

En este enfoque no hay diferencia entre división comercial de los trabajos y división social de las actividades, o entre trabajos privados o trabajos sociales, así como tampoco de “trabajos productivos” con “los improductivos”, tal como aparecen en Smith y Marx. Todas las actividades son productivas tanto en bienes como en valor económico y todas son sociales, ya que todas aportan bienes para la sociedad y la prueba económica es su reconocimiento salarial, por ser pagados.

No es sorpresa que el sector de los trabajos invisibles hacia el cual dirige su mirada esta “economía feminista” es el de los hogares y se muestra lo que allí se encuentra: actividades domésticas como la limpieza,

²⁶ Así, la división de las actividades en la sociedad es representada como la división del trabajo de la fábrica de alfileres de Smith y no se reconoce que existe riqueza económica y no económica.

²⁷ Es esto lo que se consigna en las encuestas de hogares o en las cuentas especiales sobre el uso del tiempo familiar.

²⁸ Los males no aparecen en el paisaje.

²⁹ Se deduce que, si no hay salarios, todas las actividades serían invisibles o no reconocidas.

cuidados a personas, alimentación, educación, trámites, etc.,³⁰ que producen bienes importantes como las personas sanas, educadas, listas para la sociedad y para el desarrollo de las personas mismas. Estas son las tareas del cuidado y, como estas actividades o trabajos no tienen salario o precios pagados, se constata que ellas no son reconocidas económicamente; así “aparecen” tanto la “injusticia” como la “invisibilidad”.

Es, en razón de esta visión, que se puede decir que la producción en los hogares, “el cuidado” (que produce la vida y las personas), aparece como economía gratuita, un regalo o transferencia de horas de trabajo o valor de las familias a la sociedad, la cual recibe los beneficios materiales o sociales sin reconocer económicamente el valor (o el trabajo) que conllevan. En este orden de ideas, este valor es el que debería también figurar en las cuentas del valor total creado en toda la economía y así mostrar que efectivamente las sociedades son más ricas económicamente que lo que antes se había dicho por los ciegos economistas. La riqueza económica de las naciones no se limitaría, entonces, a las mercancías — como dirían los economistas—, sino a la sumatoria de los bienes que las actividades de los individuos generan.

Ahora bien, como las tareas domésticas son trabajos (gastos de energía o esfuerzos), ya no es necesario explicar por qué una actividad individual deviene simplemente en trabajo y, sobre todo, por qué un trabajo es también creador de valor económico. El valor aparece como una cualidad intrínseca de los trabajos y toda la división social de los trabajos se asume como división económica de las fuentes del valor. Riqueza y valor se confunden. Ahora, el afán de esta “economía feminista” es simplemente sacar de la oscuridad lo que supone y hacer visible lo que la economía no hace por sus propios mecanismos o lo que los enceguecidos economistas “no quieren ver”.

Para calcular este “valor oculto” se recurre a una imputación estadística: se toma alguna tasa horaria de salario existente en la economía visible y luego se interpreta ese valor como el correspondiente al valor potencialmente creado en las actividades domésticas. En efecto, se dice: “Si a una hora del hogar se le atribuye el valor económico de lo que se paga

³⁰ Las encuestas de las investigadoras feministas sobre la dedicación del tiempo de hombres y mujeres han logrado detalles impresionantes, pensando siempre que en los hogares siempre se producen bienes. Sin embargo, de los “males” (violencia familiar, por ejemplo) no se habla, no se pregunta. ¿Por qué esta invisibilidad de los “males” domésticos en las encuestas si el feminismo mismo los denuncia permanentemente?

en el mundo salarial, eso significa descubrir que esa hora del hogar contribuye por el mismo valor”. Es decir, si una hora de trabajo normal (por ahora no importa de cual trabajo) se paga a 10 USD, se piensa que una hora de trabajo doméstico debe ser reconocido como creador de un valor de 10 USD.

De esta manera este sector de la llamada “economía feminista” ha establecido la lectura especial sobre el significado de las “cuentas paralelas o satélites” que algunas naciones han construido, haciéndolas aparecer como la “prueba” de la existencia de un valor oculto que debe ser “reconocido” como nuevo valor faltante en el PIB. El paso siguiente es solicitarle a la sociedad que pague estos valores ocultos mediante la remuneración de las actividades domésticas que representan restricciones a las mujeres en su libre desarrollo social y, así, alcanzar la justicia económica al “reconocer” finalmente lo que antes estaba invisibilizado. Frente a estas posiciones podemos, con la ayuda de la teoría marxista de la economía antes expuesta, afirmar lo siguiente:

Primero. Que la economía total se divida entre trabajos “visibles” e “invisibles” no tiene sentido para Marx. Según este último, la economía no comprende todas las actividades humanas, sino aquellas que se definen como económicas porque están realizadas en el espacio monetario de las relaciones humanas. Si una actividad no se expresa monetariamente, esta no existe para la economía, no es valor, aunque sea útil. Sin dinero, estaríamos frente a cosas, no ante valores económicos, y la riqueza de los pueblos sería un montón de bienes, pero no un PIB, una magnitud global. Así como una mujer no es feminista por ser mujer, ni por ser feminista es líder social, tampoco una actividad individual *a priori* ni es trabajo ni crea valor, pues son las relaciones económicas las que le dan ese estatus. Esas actividades externas a la economía solo se pueden ver como realidades naturales o sociales que deben ser objeto de otras ciencias sociales, como por ejemplo la sociología, la antropología o la ciencia política y, con ellas, discutir luego las posibles influencias en la economía o viceversa. Para

Marx, la economía no es un discurso ni sobre toda la sociedad ni sobre todas las actividades productoras de bienes, porque sencillamente solo es el estudio de la división de los trabajos o relaciones complementarias que se conectan en términos monetarios.³¹

Segundo. La tesis de que los hogares sean espacios de creación de valor no puede establecerse, porque, si bien son actividades privadas importantes (reproducen la vida, se transmite una educación y se crea la fuerza de trabajo, etc.), ellas no se realizan para monetizarse mercantilmente. Asimismo, como parece evidente, los hogares no son fábricas capitalistas, puesto que allí no hay contratos salariales para producir mercancías y dividir un presunto valor creado. Por tales razones, y no por prejuicios patriarcales, es que el marxismo desautoriza la idea de que las labores domésticas son actividades o trabajos productores de valor, aunque sean productoras de bienes importantes para la vida de las personas. Al no pensar como Marx (ni como Ricardo, para quien todo el trabajo son las actividades asalariadas), esta “economía feminista” traslada la discusión de la formación del valor al mundo general de las actividades, para lo cual solo ofrece un primer dogma o fetiche: toda actividad que ocupe tiempo y produzca bienes debe considerarse trabajo y, por ende, creadora de valor, como si el valor económico fuese una propiedad intrínseca de las actividades. Vemos, entonces, que mientras Marx se esfuerza por proponer una explicación de la formación del valor

³¹ Vemos que mientras Marx limita la economía a una esfera especial de la sociedad, la “economía feminista” pretende extender la “economía” para que cubra todas las actividades humanas. La denunciada “ceguera” de los economistas no se deriva, entonces, de prejuicios machistas o androcentristas, sino porque la teoría económica estudia fenómenos económicos (las relaciones monetarias o cuantitativas) y es esto lo que “ve”. Para poder ver más fenómenos sociales es necesario utilizar otras ciencias sociales y no pretender que la economía “vea” todo. ¿Es criticable la economía o cualquier disciplina porque se atenga a su objeto? Hablar que en este punto los economistas actúan por prejuicios ideológicos es síntoma de la defectuosa comprensión que estas pensadoras tienen sobre el contenido del pensamiento económico. Afortunadamente, otras feministas al saberlo, aceptan que la mirada sobre la sociedad y los problemas de género deben ser tratados desde enfoques multidisciplinarios. Cuando las actividades no se monetizan no es fácil separar lo que corresponde a la economía y lo que no lo es. Los antropólogos lo saben perfectamente.

gracias a las relaciones económicas que convierte el trabajo privado en social, esta “economía feminista” postula que toda actividad es, *per se*, “trabajo social” (valor), cayendo en el fetichismo de los trabajos.³²

Tercero. Si aceptáramos que todo trabajo crea valor, ¿cuál es la diferencia entre una sociedad de mercados y una sociedad feudal o patriarcal del comunismo primitivo? En efecto, si nos trasladamos a una economía no monetaria y no salarial (una especie de “economía primitiva”), y si todo “trabajo” es necesario “reconocerlo” como valor, y para reconocerlo necesitamos los salarios los cuales evidentemente allí no existen, entonces: ¿cuál es el procedimiento diferente a los salarios para reconocer que las actividades domésticas son una fracción oculta del trabajo social?

Cuarto. Si el salario corresponde a una relación propia de la economía capitalista, ¿por qué proponer que el reconocimiento del trabajo doméstico deba ser hecho a partir de los salarios si los hogares no son empresas capitalistas? Si seguimos a Marx y viéramos los hogares como empresas, reconocer al trabajo doméstico por medio de un salario solo sería reconocer que el valor está reconocido socialmente y que el salario divide ese valor creado. Afirmar que en el sector agrícola los salarios son 100 USD no me dice nada de cuánto fue el valor creado en ese sector, pues faltaría contabilizar la parte del valor de la plusvalía. Por otro lado, en Marx es posible la existencia de un sector donde se paguen salarios y sea improductivo desde el punto de vista del valor, como

³² Al contrario de la pretensión de novedad de este sector de la “economía feminista”, sus argumentos son viejos. Son similares a los que enarbolaban los enemigos de la idea del *trabajo productivo* de valor en el siglo XIX, denunciados por Marx en su debate sobre el trabajo improductivo de A. Smith. Argumentos que él denominó “charlatanería” (Marx, 1980, p. 276) porque se confunde los hechos materiales con las formas sociales específicas de las actividades económicas. Marx escribió: “A. Smith, en lo esencial, tenía razón con su trabajo productivo e improductivo., la tenía desde el punto de vista de la economía burguesa. Lo que en cambio aducen los demás economistas es cháchara, ... a saber, que toda acción produce un efecto, sea lo que fuere, —esto es confunden el sentido natural y el económico del producto—; de esta suerte un bribón también es un trabajador productivo, ya que indirectamente produce libros de derecho penal... [...] O bien los economistas modernos se han convertido en tales sicofantes del burgués, que quieren hacerle creer que si alguien les despioja la cabeza, o le frota la cola, estamos ante un trabajo productivo, ya que la última actividad le dejará más despejada su cabezota para cuando el día siguiente esté en el despacho” (Marx, 1971, p. 214).

es el caso explícito del pago de los policías, de los políticos, de los jueces en las diferentes naciones y... simplemente, del trabajo doméstico; y también que se paguen salarios y no se genere valor porque sencillamente no se venden las mercancías, como es el caso del fracaso comercial muy frecuente en las recesiones o crisis económicas.

Ya sabemos que esta “economía feminista” no es marxista, ya que el salario tiene otra significación: es el reconocimiento social del trabajo realizado. No vemos claro cuál es el origen de esta idea que Marx consideró parte de la economía “vulgar”: no es “clásica” porque allí el salario corresponde al costo económico de la mano de obra, según el costo de una canasta de subsistencias (Smith y Ricardo) o una parte del producto neto (Sraffa); no queda sino decir que es neoclásica porque en ella se habla de intercambio de trabajo, los servicios por salarios. Parecería, entonces, que se quiere decir que el salario paga un sacrificio personal, aquello que los economistas marginalistas llamaron la desutilidad del trabajo, actividad contraria al ocio.

Para legitimar este enfoque habría que poner en escena en los hogares un mercado de trabajo en el que una curva de demanda de trabajo de acuerdo a sus productividades marginales se cruce con una curva de oferta de los esfuerzos o servicios de las o los trabajadores domésticos. No obstante, a todos nos parece evidente que los hogares no se pueden representar de esta manera porque allí no hay demanda ni oferta de trabajo doméstico en el sentido de las empresas. Ahora bien, como el criterio que se usa son los salarios del sector visible, la crítica neoricardiana a la teoría de que el salario corresponde a la productividad marginal del factor trabajo sería un obstáculo insalvable para la tesis de esta “economía feminista”.

Al carecer de teoría del salario, se acude entonces al procedimiento facilista de otro dogma: “el salario paga el trabajo” y, como las tareas domésticas tratadas no se pagan (no se tiene la manifestación social de su valor intrínseco), este pensamiento feminista busca medir el valor que aportan. El problema se resuelve con la imputación estadística: va a la economía “visible” para encontrar las tasas salariales vigentes por cada hora de trabajo ejecutado, para luego, con este conocimiento, a cada hora

de trabajo doméstico atribuirle ese mismo valor, aunque sea de otro sector.

En realidad, tal argumentación es completamente arbitraria. En efecto, afirmar en una capitalista que los salarios de los otros sectores efectivamente capitalistas son los referentes apropiados para reconocer el valor de la producción en los hogares no capitalistas es totalmente carente de lógica. Los trabajos de los otros sectores son distintos y sus salarios respectivos no se pueden asignar a los trabajos domésticos porque por definición en el sistema económico existen una escala de salarios y de oficios muy compleja.

¿Cuál es el criterio científico para escoger una tasa de salarios específica para imputarle un valor a las actividades domésticas? Si las tareas del cuidado son tan “importantes” y son hechas por personas con variadas profesiones, como admitimos todos, ¿por qué no atribuirle un salario de una profesora de economía o de una gerente de una gran empresa? De acuerdo al salario escogido por los estadísticos como referencia tendríamos cuentas paralelas distintas y una mayor o menor importancia en el PIB. Así, tendríamos que el tamaño de este último depende del criterio del o de la experta y no de las relaciones sociales efectivas. Si estos son los criterios aplicados, interpretar las “cuentas paralelas o satélites” como el registro de lo que sería el presunto valor oculto del sector de la economía del cuidado sería completamente arbitrario, así como la idea de que faltarían unas cuotas de valor por reconocer y añadir a los PIB de los respectivos países.

En realidad, las cuentas paralelas deben ser leídas con el verdadero sentido para lo que fueron construidas: los valores allí consignados son meramente cálculos eventuales de los costos de “oportunidad” (financiables eventualmente a partir del valor económico excedente creado en los sectores creadores de valor) que la sociedad debería pagar para convertir en trabajo asalariado las tareas domésticas privadas que oprimen a las mujeres y a unos pocos hombres. En efecto, así como los policías y políticos cuestan al ingreso nacional y las “personas del servicio” le cuestan a los ricos parte de su ingreso, la liberación total de las mujeres

de las actividades penosas y obligadas costaría una parte del ingreso individual o nacional.³³

Ahora bien, al negar la existencia de la “economía del cuidado” (algo muy diferente a las actividades del cuidado) de la “economía feminista”, no significa desconocer lo que allí sucede. Las feministas nos muestran con razón que los problemas de segregación o exclusión de género están presentes en todas las sociedades y en todas las esferas que las componen (en los empleos, en las familias, en los deportes, en la política, en la ciencia, en la cultura, en las empresas, en la salud, etc.) y que su existencia se debe, sobre todo, a factores sociológicos, culturales y sexuales contruidos de acuerdo a una cultura patriarcal³⁴.

Si consideramos que la reproducción material de las familias debe incorporar ciertamente el fin de las tareas obligadas del cuidado o la libertad frente a las tareas domésticas, la teoría del salario de Marx nos proporciona un principio de, por lo menos, la solución económica. En efecto, sería copiar lo que sucede en las familias de los ricos, es decir, elevar los salarios o ingresos de los hogares para que gasten en máquinas o mano de obra para liberar a las mujeres (y a los pocos hombres) que hacen las tareas extenuantes u obligadas.

Pagar los jueces, los políticos o los policías de un país no se hace porque sean creadores de valor, sino porque se consideran socialmente necesarios; si no lo fueran, se liberaría este costo para otros consumos sociales o se mermarían los impuestos y aumentarían las ganancias. Ahora, es socialmente necesario (gracias al movimiento feminista y al deseo de

³³ Algunas pensadoras de esta “economía feminista” piensan que existe una transferencia desde el ámbito doméstico hacia la acumulación de capital. Afirman que el trabajo de cuidado no remunerado que se realiza dentro de los hogares (y que realizan mayoritariamente las mujeres) constituye un subsidio a la tasa de ganancia y a la acumulación del capital. En realidad, si no se crea valor, no puede existir ni una transferencia ni tampoco un subsidio. Lo cierto es que, si el costo de la emancipación de las tareas domésticas la asume la colectividad, esto significa que del valor total creado se tendrá menos valor para la acumulación. No existe mayor ganancia capitalista porque existe una transferencia oculta, sino que existe mayor ganancia porque no se pagan los costos de la emancipación femenina, aquellos que ahora deben ser parte de las modernas “subsistencias” de los hogares. Las mujeres realizan la mayoría del trabajo doméstico porque sufren la discriminación machista en las tareas domésticas y el ingreso es bajo para liberarse de él. Esta es la real contradicción entre el feminismo con los intereses del capital que el feminismo debe denunciar. Como hemos venido insistiendo aquí, el problema económico y social es cómo se distribuye el valor creado y no que falte un valor por reconocer.

³⁴ En efecto, dado que es evidente que existen labores extenuantes en las tareas domésticas y existe, al mismo tiempo, discriminación contra la mujer en ellas, la lucha feminista es aquí social y políticamente válida. Aunque como esposo de la aristocrática Jenny, Marx fue ciertamente una figura prepotente y patriarcal, no se puede dejar de mencionar una cita sobre la división interna en las tareas domésticas: “los trabajadores productivos [los asalariados] en sentido propiamente dicho tienen que asumir ellos mismos estos costos de consumo y ejecutar ellos mismos sus trabajos improductivos. Cuando estos servicios son agradables, los ejecuta a veces el señor, como lo demuestra el *jus primae noctis* [derecho a la pernada], la tarea de gobernar, etcétera, que los señores se han echado sobre sus hombros. Pero ello no borra, en modo alguno, la diferencia entre el trabajo productivo y el trabajo improductivo, sino que esta diferencia se manifiesta aquí como un resultado de la división del trabajo” (Marx, 1980a, p. 275). Esa división del trabajo las feministas lo llaman, con razón, “patriarcal”.

igualdad de derechos entre géneros) aumentar los gastos económicos para liberar las tareas no deseadas y opresoras. No se trata, entonces, de reconocer un presunto valor oculto para remunerar a las mujeres, sino de considerar como una necesidad social ya insoportable la eliminación de los trabajos domésticos penosos en la comunidad. Esto se puede hacer, en parte, cambiando la forma de la distribución y el gasto del valor creado en el sistema capitalista: aumentando los ingresos de cada ciudadano o que el Estado financie y pague directamente la sustitución de las tareas domésticas aumentando los impuestos. En todos estos casos tendríamos una disminución de la parte de los beneficios capitalistas, con lo que confirmamos que el problema es cómo se distribuye y gasta el valor creado y no que falte un valor por reconocer³⁵.

Aun así, no es suficiente dividir de diferente forma el valor creado: la discriminación puede seguir en el hecho de que la mayoría de la mano de obra doméstica remunerada para las tareas “extenuantes” o inhibitoras de tiempo libre siga siendo femenina. Es necesario acompañar este cambio en los gastos del ingreso económico con un cambio cultural, sabiendo que esto toma un periodo largo de evolución social.

Conclusión

Un sector de la “economía feminista” (no todas) considera que el PIB de las naciones es mayor que lo que normalmente se registra porque falta el reconocimiento económico de un presunto valor creado en la “economía del cuidado” y reclama el reconocimiento del valor invisibilizado y el pago de estos valores a sus presuntos creadores. Al encontrar que las teorías económicas no permiten llegar a la misma conclusión, se ataca a los economistas y se proclama que es necesario cambiar la teoría de la formación del valor en economía. Hemos mostrado que, si bien el marxismo no apoya esta tesis al tener una teoría coherente de la formación del valor económico y de los salarios, su enfoque puede fácilmente legitimar la causa feminista proponiendo una nueva división y gasto del valor creado en la economía capitalista para pagar y extender el trabajo doméstico remunerado.³⁶

³⁵ Es fácil constatar que son estas las políticas públicas que las mismas economistas feministas impulsan cuando acompañan y participan de gobiernos con políticas feministas (como la administración de Claudia López en 2020-2023 en Bogotá, Colombia): aumentar los gastos sociales para liberar a las mujeres aumentando los impuestos o cambiando su destinación.

³⁶ Aquí hemos utilizado las tesis de la economía marxista, pero la teoría neoclásica tampoco confirmaría las tesis de la existencia de la “economía del cuidado” porque el hogar internamente no es un mercado. El ricardianismo también llegaría a la misma conclusión, dado que las actividades

Al no entender lo anterior, la “economía feminista” plantea una discusión sobre las teorías de la formación del valor económico, pero no presenta ni una buena crítica a las teorías económicas, ni tampoco una teoría nueva de la formación del valor y del salario. En lugar de una teoría alternativa, presenta supuestos o dogmas (toda actividad es trabajo y es creadora de valor, y el salario es el pago al trabajo) y argumentos arbitrarios (los salarios de la economía monetaria sirven estadísticamente para conocer los valores creados) para sustentar los presuntos valores ocultos de la “economía del cuidado”. Hemos mostrado que no toda actividad es creadora de valor económico, que los salarios no son el pago al trabajo y que lo único que las “cuentas paralelas” anuncian es el costo aproximado en el que incurrirían las personas o la sociedad para remunerar esas actividades privadas consideradas obligadas o extenuantes.

Lo anterior nos permite afirmar que el error intelectual de la llamada “economía feminista” en su tesis de la “economía del cuidado” es pensar que se puede extender el espacio de la economía a todas las actividades sociales y así cambiar la explicación de la formación del valor en economía, confundiendo valor y riqueza. Sin embargo, todo esto es, primero, un fracaso científico: ni hay una teoría alternativa de la formación del valor, ni del salario; segundo, un fracaso político, puesto que la tesis no es necesaria para defender la causa del pago económico de las tareas domésticas para avanzar en la libertad e igualdad de las mujeres. Concluimos, entonces, que sin cambiar la teoría económica existente los economistas políticamente progresistas pueden acompañar la causa feminista mostrando que se trata simplemente de determinar una nueva estructura del gasto social del valor creado.

Ahora bien, a pesar de esta equivocación intelectual³⁷, no podemos negar que la importancia social de la literatura llamada “economía feminista” está en el hecho de poner en la academia y en las políticas públicas problemas antes no discutidos sobre la situación de segregación

domésticas no hacen parte de la producción de mercancías por medio de mercancías. Sin embargo, en todas ellas, la causa feminista puede defenderse como la modificación de la distribución y gasto de ingresos sin alterar su concepción de la creación del valor económico.

La incompreensión de este punto hizo creer al grupo de las “economistas feministas” que había que renegar de los economistas e inventarse la “economía del cuidado” como sector creador de valor.

³⁷ Es posible pensar que estas tesis economicistas de la “economía del cuidado” crean una ventaja ideológica o política para facilitar la lucha por la emancipación de las mujeres. En efecto, reclamar “lo propio” que “no nos han pagado” puede ser más fácilmente aceptado en los auditorios que proponer que los otros paguen (Estado, impuestos, subsidios) para que seamos iguales. Nótese que en ambos casos la solución parece la misma: remunerar las tareas domésticas, aunque para la segunda opción el problema de la discriminación de género en las tareas domésticas es más amplio que lo que resuelve la remuneración.

o exclusión de las mujeres, primero en los hogares y luego en todas las instancias de la sociedad, y proponer soluciones a estos problemas. En este sentido, debería haber, además de una economía feminista, sociología, política, antropología, historia, etc., feministas, un conjunto de ciencias sociales que diagnostiquen, expliquen y promuevan soluciones a los fenómenos de segregación y desigualdad de las mujeres en todos los terrenos. Así, seremos conscientes de que la emancipación de las mujeres es principalmente un problema político y que la economía es apenas una parte de la solución.

Referencias

Benetti, C. y Cartelier, J. (1980). *Marchands, salariat et Capitalistes* [Mercaderes, asalariados y capitalistas]. La Découverte.

Carrasco, C. (2006). La economía feminista: la apuesta por otra economía. En: M. J. Vara. (Ed.), *Estudios sobre género y economía* (pp. 29-62). Ediciones Akal.
<http://www.derechoshumanos.unlp.edu.ar/assets/files/documentos/la-economia-feminista-una-apuesta-por-otra-economia.pdf>

Cartelier, J. (1985). Théorie de la valeur ou hétéredoxie monétaire [Teoría del valor o heterodoxia monetaria]. *Economie appliquée*, (38).

Cataño, J. F. (2009). *Lecciones de economía marxista: mercados, precios y dinero desde un enfoque heterodoxo*. Universidad Nacional de Colombia.

Dalton, G. (1974). *Teoría económica y sociedad primitiva*. En M. Godelier, *Antropología y economía*. Anagrama.

Durán, M. Á. (2018). *La Riqueza Invisible del Cuidado*. Universidad de Valencia.

Godelier, M. (1974). *Antropología y economía*. Anagrama.

López, C. (2020, 01 de julio). Economía del cuidado, bienvenido el debate. *La República*. <https://www.larepublica.co/analisis/cecilia-lopez-3024859/economia-del-cuidado-bienvenido-el-debate-3024851>

Marx, K. (1971a). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*. Siglo XXI Editores.

Marx, K. (1971b). *El Capital* (Tomo I). Siglo XXI Editores.

Marx, K. (1980a). *Teorías de la plusvalía*. Fondo de Cultura Económica.

Marx, K. (1980b). *Manuscrits de 1861-1863 Cahiers I a V* [Manuscritos de 1861-1863. Cuadernos I a V]. Les Editions sociales.

Marx, K. (1980c). *Contribución a la crítica a la economía política*. Siglo XXI Editores.

Moreno, N. (2020, 02 de julio). La economía feminista. *La República*. <https://www.larepublica.co/analisis/natalia-moreno-salamanca-3025424/la-economia-feminista-3025421>

Organización Panamericana de la Salud. (2008). *La economía invisible y las desigualdades de género. La importancia de medir y valorar el trabajo no remunerado*. <https://iris.paho.org/handle/10665.2/6034>

Rodríguez Enríquez, C. (2012). La cuestión del cuidado: ¿El eslabón perdido del análisis económico? *Revista Cepal*, (106), 23-36. <https://doi.org/10.18356/9241f4b8-es>

Smith, A. (1988). *La Riqueza de las Naciones*. Oikos-Tau.